

EL RECUERDO

SEMANARIO DE LITERATURA Y VARIEDADES.

Redactores.—D. Heraclio C. Fajardo.—Dr. D. Fermin Ferreira y Artigas.—D. Juan B. Gomar.—D. Plácido Douclai.

Colaboradores.—Dr. D. Alejandro Magariños Cervantes.—D. Nicolas A. Calvo.—D. Domingo F. Sarmiento.—D. Palemon Huergo.—Dr. D. Luis Otero.—D. Héctor Varela.—D. Anjel J. Blanco.—Dr. D. Juan Carlos Gomez.—D. Carlos Augusto Fajardo.—D. M. M. T. (Tristan).

AMOR A LA TIERRA NATAL.

Omnium societatum nulla es gravior, nulla carior, quam ea que cum Republica est unicuique nostrum. Cari sunt parentes, cari liberi, cari propinqui, familiares; sed omnes omnium caritates, patria una complexa est: proqua qui bonus nubit, mortem oppetere, si ei sit profuturus?

No hay sociedad mas estrecha ni mas amada que la que tenemos con nuestra patria. Amados son los padres, los hijos, los deudos y los amigos; pero todos estos amores los encierra y abraza en sí el amor á la patria; por la cual ¿qué hombre honrado dudará esponer su vida, si esta es de algun provecho?

(Ciceron de officios.)

Entre todos los sentimientos que abraza el corazon humano, ninguno es tan general, tan fuerte ni tan grato al hombre, como el que lo liga al país de su nacimiento, al lugar en que por primera vez sintió las dulces impresiones que lo aseguraban de su existencia.

Apenas hay espectáculo de mas interes para el filósofo que el de los hombres reunidos en reinos, ciudades y aldeas, sujetos á una sola ley, "á la ley de las costumbres y hábitos populares;" que el de una gran masa de seres racionales que á un tiempo reciben la influencia de tal ó cual clima, y en solo ella la de tales y cuales virtudes ó vicios, la de tales y cuales leyes que, identificadas con su ser físico y moral, ellas solas importan una general y suave legislación que obra en su ser con mas enerjía que todos los mandatos de la autoridad armada del poder y de la fuerza.

Ese dulce y fuerte vínculo que reúne á los hijos de un mismo suelo por efecto de analogía ó semejanza en costumbres, caracteres y aun organizacion, no es sinó una rama de ese tronco que nos liga al suelo que nos vió nacer, en el que por primera vez respiramos la vida, y en donde pasamos los dias de nuestra inocencia, únicos de felicidad, ó al menos, los únicos exentos de las amarguras que mas tarde nos deben asediar.

El amor á la tierra natal es el primer sentimiento y mas natural en el hombre, y tan necesario á la conservacion y dicha del jénero humano, como el *amor proprio* en el individuo es necesario á su conservacion y felicidad.

Por la májia de aquel amor, los habitantes de cada pueblo, de cada comarca ó aldea, reúnen sus fuerzas, su poder, su voluntad y su enerjía, para contener las aspiraciones de los de otro pueblo, comarca ó aldea que pretenda invadirlos. A la voz de ese amor, con independencia de toda otra ley, se unen para la comun defensa contra todo ataque estrangero, contra toda humillacion que se les quiera inferir.

Aun esa misma ilusion con que cada uno cree que su país natal está privilegiado con favores singulares, con goces y comodidades que ningun otro ofrece, con ciertas ventajas que ningun otro posee en su conjunto, es un fuerte vínculo que retiene á cada hombre en su hogar y lo liga á él como al primer elemento de su dicha.

Los Lapones, los Samojitas y mil otros pueblos en medio de sus helados desiertos, y sin mas abrigo que miserables cabañas, creen ser un objeto especial de la predileccion del ser supremo. Sus hielos tienen para ellos todos los encantos de la primavera, ni hay uno

á quien le ocurra renunciar aquellos, por habitar las risueñas comarcas del medio día. El humo de sus chozas, el brillo de la nieve en sus montañas tienen para ellos mas fuertes atractivos, que para nosotros tiene la naturaleza en sus días de mayor gala.

Al pescador noruego ofrézcasele llevarlo á los mas deliciosos lugares del mundo; háblesele de árboles cargados con ópimos frutos, de bosques siempre verdes y frondosos bajo cuya apacible sombra reposará de sus tareas y hallará consuelo á sus penas. A todo responderá, "que prefiere la vista del vasto oceano, sus tempestades y encumbradas olas, esas rocas que sirvieron de cuna á sus antepasados; que prefiere las densas nubes al brillante sol, el junco de sus arenosas playas á todas las flores de nuestros prados, y que nada en fin es comparable con la dicha de dirigir su flotante barca hácia la costa en que cariñosos lo esperan su muger y tiernos hijos.

Vá tan léjos este amor al suelo natal que parece acrecer en razon á la miseria del lugar ó pueblo en que nacimos. Sin duda este sentimiento es uno de aquellos con que la providencia vela en la poblacion de este planeta; pues que á no ser tan prodijoso su atractivo, solo serian habitados aquellos lugares en que la naturaleza nos halagase con mayores dones, dejando asi desiertas mas de las dos terceras partes de nuestro globo, é incomunicados entre sí los pueblos que lo habitan. ¿Y cuál seria nuestra vida en ese aislamiento sepulcral? ¿cuáles nuestras relaciones de ideas, de goces y de consuelo?

En comprobante de aquella verdad, los Esquimales tienen mas amor á su aceite de ballena, á su carne de foca, á sus perros, canoas y trineos, que un parisiense á los encantos del gran pueblo. Ligados á su pais natal por estos vínculos, seria asesinarlos, arrancarlos de su hogar.

Un haz de yerbas encanta la vida de un Sibarita, mas que una gran cosecha halaga las esperanzas de un europeo del mediodía.

Sin embargo de ser natural en la especie humana este apego al suelo natal, se presenta con mas ó menos enerjía segun el grado de barbarie ó civilizacion en que se hallan los diferentes pueblos que cubren la tierra. El mismo jénero de vida que lleva un salvaje es mas apropiado para fortificar sus primeras

relaciones. No vé en el mundo sinó los sitios donde venció á su presa, el arroyo que le calmó la sed, el musgo sobre que descansó y la cabaña en que durmió con su muger é hijos. La continuada impresion de estos objetos tanto mas fuertes, cuanto son menos variados, le identifica con ellos, é insensiblemente le vá formando esos vínculos indestructibles que tanto lo ligan al lugar de su nacimiento. Aun cuando se aleje de él en busca de la subsistencia que no le ofrece en ciertas estaciones, es para volver á él tan luego que la obtiene ó satisface su necesidad. "Con razon se ha dicho, que raras tribus se conocen á las que, "en toda propiedad, cuadre el renombre de "errantes."

El amor de la pátria es el mismo en todos los salvajes conocidos. Son ya demasiado vulgares los multiplicados hechos que comprueban esta verdad. De muy pocos es ignorada la historia del Otaytiense que M. Bougainville llevó á Paris, y sus trasportes de gozo, al ver en el jardín de las plantas el árbol del Pan que le recordaba su pátria: corrió á él, lo abrazó y lloró. Al regresarlo á su isla, porque se consumia de pena en medio de los goces que se le proporcionaban, para aliviarlo de ella, aun no la vió de gran distancia, cuando se despojó del traje europeo que traia, se arrojó al mar y nadó hasta tocar la tierra que lo vió nacer; se estendió sobre ella, la besó y en todas sus acciones acreditó el júbilo inefable de que estaba poseida su alma.

La enerjía del sentimiento pátrio, precipita en los abismos del Oceano á muchos de los infelices africanos á quienes la codicia de los hombres que debieran sacrificar esta pasion al sentimiento universal de humanidad y civilizacion, arranca de sus costas y hogares para alejarlos del suelo natal.

La enerjía de este mismo sentimiento, se advierte en todos los salvajes de nuestros desiertos, que prefiriendo la miseria que los diezma en sus pajizas chozas, vuelven á ellas huyendo de las comodidades y goces que se les ofrece en nuestras poblaciones.

Este sentimiento que lo vemos palpitante en nuestros indígenas, es tan antiguo como la misma naturaleza. La mas lejana historia nos dá pruebas de esta verdad. La poesía de todos los pueblos nos lo confirma. En el

mismo sentido decía el tierno Ovidio: “¡Qué patria mas deliciosa que Roma! ¡Qué morada mas fria y triste que el pais de los Scitas! Sin embargo, todos los dias los vemos huir de Roma para volver á él!”

“Quid melius Roma? Scytico quid frigore pejus?”

“Huc tamen eae illa; Barbarus urbe fugit.”

Nada es extraño en la efusion de este noble sentimiento. El es independiente de la propiedad porque los vínculos que ligan al hombre á su patria son mas fuertes que toda propiedad. ¿Ni qué propiedad mas estimable que la de su pais donde es partícipe de todos los bienes que él encierra? En él respira su aire, ve su luz, y goza de cuanto la naturaleza de cada pueblo ofrece á sus hijos como una propiedad de todos ellos.

Por mayores que sean las comodidades que

ofrezca al hombre otro pais que no sea el suyo, por franca y generosa que sea la hospitalidad, con que la moral y civilizacion procuran distraer los pesares que envuelve la ausencia del suelo patrio, sin embargo, una vaga idea nos persigue, un involuntario latido de nuestro corazon nos lo recuerda; una voz secreta nos llama al sepulcro de nuestros padres; un impulso misterioso nos arrastra á él y nos reclama esas sustancias que constituyen el físico de nuestra existencia en este mundo. Aun en el seno de los placeres y de la abundancia, nuestro corazon experimenta un vacio que nada puede llenar sinó la esperanza de volver á nuestra patria: y esta inquietud no tarda en pasar á un sentimiento doloroso que á nuestro pesar interrumpe nuestros goces, aun cuando no los sature de insupportable amargura.

FACUNDO ZUVIRIA.

SU IMAJEN

Hé aquí tu imájen candorosa y bella,
Oh prenda de mi amor nunca preciada!
Y á fé, mi bien, que te poseo en ella,
Aunque insensible, muda, inanimada.

Hé aquí tu frente despejada y pura
Que solo tiene de mi lábio el sello;
Tu límpida mirada, que fulgura
De íntimo amor el vívido destello.

Hé aquí tus lábios de color de guinda,
Tu breve boca de inefable hechizo,
Que dulces besos voluptuosa brinda,
Y á cuyo ardiente roce electrizo.

Hé aquí tu fresca juvenil mejilla
Que siempre el tinte del pudor colora;
Y los breves hoyuelos, donde brilla
El foco de tu gracia seductora.

Hé aquí tu cuello ebúrneo, modelado
Por el buril artístico de Fidias,
Cuyo cútis de nieve sonrosado
Al nácar diera y al marfil envidias.

Hé aquí tu seno mórbido y turgente
De donde penden palpitantes pomas,
Que guardan un tesoro de aliciente
Con la esencia de célicas aromas.

Hé aquí tu talle esbelto, tu cintura
Que con mis manos abarcar podría,
Y envidiarán, en gracia y donosura,
Las hijas de la bella Andalucía.

Hé aquí, por fin, tu primorosa mano;
Esa mano, mi bien, que tanto ansío
Y que tal vez, en vínculo cercano,
Por premio me darás del amor mío.

Ella me muestra con sutil intento
Esa otra imájen que mi amor halaga:
Porque hay un amoroso pensamiento
En tu mirada pensativa y vaga...

El símbolo cristiano y misterioso
Que *fé, esperanza y caridad* indica,
Vése pendiente de tu cuello hermoso
Y las virtudes de tu alma esplica.

¡Sí! tu imájen es fiel.—Ella respira
Todo el encanto que en tu faz impera,
Y será siempre el estro de mi lira
Cuando cantar á la hermosura quiera.

—¿Sabes, mi reina, lo único que falta
Al bello símil de tu ser que adoro?...
Es tu espíritu ardiente, que me exalta
Al paraiso en que á tu lado moro.

TEATRO DRAMATICO.

Los dos Doctores.

Difícil, aunque agradable cosa, es entrar en el análisis de una comedia como la que hoy nos ocupa; porque, consistiendo la mayor parte de su mérito en la minuciosidad de los detalles, en la belleza de versificación, en los juegos de palabra y consonancia de que abunda la comedia moderna, preciso sería copiar la mayor parte de sus trozos ó transportar el lector al coliseo para darle una idea de ella.

Los dos Doctores es una de las más lindas comedias que háyamos visto en escena. Nada más sencillo que su argumento en resumen: dos amantes que se reúnen después de un año de ausencia, durante el cual el doctor que asiste á la niña, intercepta las cartas del querido, tratando de curarla por este nuevo procedimiento *homeopático* de su erótica dolencia. Regresa aquel, que es también un adepto de Galeno, y héte aquí que se halla con el enojo de la niña, que se cree olvidada por la interrupción de la correspondencia epistolar. Aquí empieza la trama.

El homeópota pretende salir del estado de soltero ó celibato, y háse al efecto fijado en la hermosa melancólica á quien asiste. Con previa aquiescencia del tutor de la niña, hace á esta su ridícula declaración de amor; pero era ya muy tarde, porque su colega había sabido reportar más ventajas de su sistema *alopático*. La mística homeopatía fué poco previsoramente aquella vez, porque salió calabaceada á despecho de su universal reputación.

Este es en resumen el argumento de *los dos Doctores*. Pero sus detalles... ¡oh! están llenos de rasgos de ingenio y de interés amenísimo que sería imposible reseñar en la estrechez de una crónica como la nuestra.

En ellos la señorita Segura (Mariana) ha adquirido un grado más de envidiable reputación. Decididamente, basta ver y oír en la escena á esta jóven actriz para que todo el auditorio se sienta irresistiblemente arrastrado por una atracción simpática. Por la milésima vez lo repetimos: la señorita Segura tiene un modo de decir, una expresión tan ingénua, un acento tan cariñoso y simpático que le han

merecido ya una reputación especial, y hacen que cada día sea más, y más generalmente aplaudida.

Tiene una condición que la hace especialmente acreedora al general aprecio: es la de estudiar todos sus papeles con el más plausible esmero. Hasta ahora no la hemos visto una sola noche trepidar en la ejecución del más insignificante. Así es que al verla en la escena, parten siempre á nuestro alrededor y de nuestros propios labios estas palabras, por ejemplo: *¡Qué naturalidad! Qué gracia! ¡Qué atractivo!*

Jover tiene ya hecha su reputación, y no hay temor que la desmienta una sola noche. ¿Qué pudiéramos decir del calabaceado homeópota? Que respondan los aplausos que le prodigó el auditorio, particularmente en su erótico-esdrújula declaración.

García no fué menos aplaudido; es verdad que tampoco no menos lo mereció. Es también un actor que de día en día gana en el aprecio público; tiene momentos felicísimos y que concluirán por darle una buena reputación. Pudimos apreciar uno de estos cuando el colega homeopático, al verlo estrechando tiernamente la mano de la comun enferma, esclama con celosa inquietud:

“¿Qué hace usted ahí, compañero?”

y él contesta con una flegma y gravedad verdaderamente galénicas:

“Le estaba tomando el pulso.”

Jordan vá dejando el movimiento continuo del brazo izquierdo y la monotonía que indicamos en nuestra crónica anterior. Dando oídos á la prensa, eco de la opinión pública, se hará acreedor á la consideración de esta y á su aprecio.

Los dos Doctores tuvo un éxito brillante.— La nueva compañía se hace cada día más apreciable. Con damas como la señora Duclos, su jóven y linda hermana, y las señoritas Segura; con actores como los señores Ortiz y García; con contracción, esmero y cordialidad, muy pronto conquistará una superioridad invencible en las riberas del Plata.

PLÁCIDO DOUCLAI.

LA SOMBRA

Fantástica sombra, aparta !
Por qué con afán me sigues
Y constante me persigues
Yendo de mi senda en pos?
Decidme sombra, quién eres
Y que pretendes conmigo?
Sois acaso un enemigo?
Dí, te lo ruego por Dios!

Te ví en un templo sagrado,
Sombra, por la vez primera ;
Y tu mirada hechicera
Ay! á mi alma fascinó
Quise huir de tu mirada,
Mas encontré tu sonrisa :
Cual rayo que se desliza
En mi alma se entronizó.

Y desde entónces doquiera
Que yo torno una mirada,
Allí me quedo estasiada,
Sombra, contemplandoté.
Si apartar quiero mis ojos
De tí, fantástica sombra,
Oigo tu eco que me nombra
J. llamandomé.

Y al escuchar mis oídos
Tu melancólico acento,
Triste de mí! en el momento
Me siento desfallecer.
Mis lábios trémulos tiemblan
Y mi lengua se enmudece,
Y entónces desaparece
De mi alma dicha y placer.

R. G. J.

UNA SUPLICA A MARIA.

Oid del alma mía la voz agonizante
Que eleva su plegaria en alas del dolor,
Pidiéndote, Maria, en compasivo instante,
Le des algún destello de celestial amor.

Oid la voz de mi alma, oída vírgen pura,
Solemnizando solo el eco de tu voz ;
Oidla como pide termine su amargura,
Su infortunada vida, su padecer atroz.

Mas ; ay! no de mi canto, ni el dolorido acento,
Que el corazón exhala cansado de sufrir,
Escuches tú, Maria ; porque quizá un momento
Es solo lo que tengo para poder vivir.

Tal vez, tal vez en la hora que muestra la agonía,
El alma, arrebatada por la fatalidad,
Dedica sus instantes, su fuerte fantasía,
Al mundo que dejara de la felicidad.

Tal vez, tal vez en la hora, que muestra el fin del
El alma destinada á eterno padecer, [llanto

Despójase en los pliegues de funerario manto
De imágenes doradas de célico placer.

Placer! dulce palabra, cuya ilusión dorada,
Es solo lo que pude un día comprender ;
Felicidad no cierta, pero quedó grabada,
Viéndola á cada instante con rapidez crecer.

Oh! mis ensueños todos, venid en torno mío
Para mostrarme bellos los días de mi amor ;
Venid, llegad ligero, que mi destino impío,
Me quita hasta la imagen de un mundo encantador.

Venid, llegad veloces, y en mí apagada mente
Brotad el dulce fuego del bello porvenir ;
Y me vereis, Maria, cantarte dulcemente,
Y tus piedades todas amante bendecir.

Mas ay! todo es en vano, mi voz nunca ha podido
Electrizar las fibras de un solo corazón ;
Por eso es que mi vida un ancho mar ha sido
De penas, infortunios, desgracias y aflicción.

E. L. D.

EN CUATRO AÑOS DE AUSENCIA.

A MI HERMANA.

Cuatro veces he visto los jardines,
De odoríferas flores adornados ;
Cuatro veces marchitos, deshojados,
Los nardos azucenas y jazmines.

Otras tantas cobrando sus fulgores
Las divas flores,
Ledas crecieron ;

Y las merecieron
Las auras leves,
Que siempre alevés

Exalando perfumes en sus giros,
En pos de sí llevaron mis suspiros.

Cuatro veces las fértiles campañas
Inundadas de pródidas espigas

El labrador segó, de sus fatigas
El premio viendo en las doradas cañas.

Y yo, triste de mí! ¿qué premio hallo

Siendo vasallo
Del rey de amor,
Sinó dolor,
Fieras cadenas,

Y á mi paso los pérfidos abrojos
Regados con la lluvia de mis ojos!

Cual Icaro me elevo, hermana mia,
A una region de gozo indefinible;

Y, mis alas quemando, un ¡imposible!
Me sumerge en el mar de la agonía.

Si á Dios imploro con ferviente ruego
Que calme el fuego
De mi afliccion,
Y una ocasion
Do verte pueda
Que me conceda,

Me responde una voz que me consterna:
"¡Sí, la verás—en la mansion eterna!"

FRANCISCO ORTIZ.

Buenos Aires, Enero 4 de 1856.

UN PAN Y UNA VENTANA.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR HENRI BERTHOUD, Y TRADUCIDA ESPRESAMENTE
PARA EL "RECUERDO" POR D. R.

Señores Redactores del RECUERDO.

Adjunto á Vdes. una pequeña novelita que he traducido con el único objeto de enviáosla, para que si os place, la publiquéis en vuestro interesante periódico.

No busqueis en esta traduccion un lucido estilo, pues es de las primeras que emprende un estudiante, que apenas ha pasado los tres lustros.

Ruegos, sin embargo, la aceptéis á nombre de vuestra hospitalaria patria, á la que me permito dedicarla, como un tributo de agradecimiento que le presenta un emigrado argentino, cuyos primeros años ha pasado allí.

Recibid, &a.

D. R.

Casa de Vdes. }
Febrero 27 de 1856. }

Son las seis de la mañana, hora en que todos los barrios de Paris presentan poco movimiento y permanecen aun adormecidos en su soledad; solo el arrabal de San Antonio se muestra mas poblado y con mayor animacion que en las horas avanzadas del dia. Cuadrillas de obreros que se dirijen al trabajo le cubren, cruzándole en todas direcciones. Los almacenes se apresuran á abrir sus puertas, porque es el momento activo del consumo. El vendedor de vinos apenas dá abasto á los chalanés que se apiñan en torno de su mos-

trador; el de galleta, infatigable como su cuchillo, atiende á los pedidos de los muchachos; y finalmente el panadero, hace frente á las sirvientas que le piden su provision cotidiana.

El mas alto rango entre los proveedores de la clase obrera es ocupado por el panadero. No se puede pasar sin el pan: este artículo es de primera necesidad. Por consiguiente, si al fin de la semana el panadero reusa el crédito, será menester resignarse al hambre!... Porque bien sabido es, por desgracia! que son muy pocos los obreros que pueden alcanzar con el producto de la semana precedente al fin de la corriente! Orgulloso de su importancia y de los servicios que rinde, el panadero en los barrios pobres se muestra digno y familiar. Tiene afabilidad con los pagadores exactos; hace advertencia á los tardíos; y reprocha á aquellos cuya cuenta siempre permanece atrasada. No se inquieta por la vergüenza que les causa, y en voz alta y delante de todos, que les previene que no les continúa mas crédito. Parece que semejantes vejaciones deberian disgustar á los que los escuchan, por que dentro de algunos dias, pueden sufrirlas ellos.... Mas por el contrario, se divierten y alegran, aumentando con sus risas y sarcasmos la afliccion de los desdichados.

Hace poco tiempo que en una bella y risueña mañana, á la hora en que los primeros

resplandores empezaban á purpurar el cielo, y arrojaban sobre las avenidas del arrabal una claridad tibia y dorada: una vieja entraba tímidamente en una panadería del barrio de San Antonio; colocóse detras de todos los compradores, con la intencion evidente de no comparecer ante el temible panadero sino cuanco se hallase sola. Pero la mirada penetrante del Tarquino enharinado la descubrió en su escondite.

—Madre Josefina, me traes hoy el dinero? la preguntó con voz ruda.

Era fácil comprender por la acentuacion de sus palabras que tenia la certeza de recibir una negativa. Esperóla, pues, en medio de las burlas sordas de los asistentes, que se habian vuelto para gozar de la confusion de la vieja.

Ninguna palabra se escapó de los lábios de esta infeliz; bajó con esfuerzo el umbral, y se alejó lentamente, con los ojos preñados de lágrimas. Entónces los que la habian torturado con sus risas se condolieron de los sufrimientos que acababan de causar.

—Es una excelente muger la madre Josefina, aventuró uno; si su teatro no se hubiera cerrado no deberia un sueldo á nadie.

—Hace dos meses que le doy pan á crédito, objetó el panadero para justificarse. Sin embargo de que al hacerlo estaba cierto de no recibir un céntimo. Todas las cosas tienen su límite, y yo soy un padre de familia.

Continuaba la vieja caminando al acaso; doblada sobre un baston, marchaba sin direccion fija y la desesperacion se revelaba en todos sus movimientos. Temblaba todo su cuerpo; sus ojos enrojecidos se levantaban por intervalos hácia el cielo con una larga y sombría mirada. Faltáronle las fuerzas indudablemente para seguir; porque se detuvo apoyándose contra la pared, y allí permaneció por algunos minutos, sumergida en el mas profundo abatimiento. Viósele en seguida

armarse de valor, sacar dos pequeños retratos de su bolsillo y considerarlos con emocion. Finalmente hizo un movimiento brusco, síntoma de una resolucion enérgica y desesperada, levantóse y se dirigió á la tienda de un mercader de fierros y cobre viejo que habia en frente.

—Cuánto me dais por estos dos retratos? preguntó con una voz temblorosa que se esforzaba en tornar segura.

El cambalachero tomó las miniaturas desprovistas de cuadro, rodeadas por un delgado círculo de cobre. Examinólas desdeñosamente y las volvió á la vieja.

—Qué puedo hacer con esto? le respondió.

La vieja levantó la cabeza y le miró sobresaltada.

—Mirad que son miniaturas de Sains (1), objetó esta.

—Un santo empolvado y una santa escotada, murmuró en tono de burla el buen hombre.

—Sains, caballero, fué un gran pintor del siglo diez y ocho, replicó con dulzura la pobre muger. Estímense mucho sus obras y deben valer bastante.

—Ah! dijo el mercader; bien! en ese caso os daré treinta sueldos.

La anciana hizo un gesto negativo y tendió la mano para volver á tomar los retratos. El cambalachero se los entregó. Adelantó á un paso aquella hácia la puerta, pero se detuvo, miró de nuevo las pinturas, y despues de una hesitacion febril las presentó por segunda vez á este:—Tomad, le dijo.

En cambio recibió un puñado de monedas de cobre, y con estas se fué á comprar un pan á lo del panadero.—Hé aquí, le dijo, todo lo que me queda en el mundo, recibid este dinero y que Dios os pague el resto de mi deuda!

—Está bien, dijo el panadero conmovido; siempre que querais tendreis pan aqui, madre Josefina.

Las Rívalas

Por extravio que han sufrido en nuestro poder los originales, no continuamos en este número aquella novela. Ya hemos pedido á Montevideo los borradores, y para el próximo número esperamos poder continuar regularmente su publicacion.

En cambio, ofrecemos á nuestras bellas lectoras en la presente entrega el principio de otra novelita que terminará en la siguiente, titulada *Un pan y una ventana*, y que, traducida espresamente para *El Recuerdo*, nos ha remitido un jóven argentino.

(1) Adviértase que santos, en francés suena lo mismo que el nombre del célebre artista.

Amor á la tierra natal.

Consecuentes con nuestro programa, empezamos hoy la reproduccion de un importante escrito del distinguido escritor argentino don Facundo Zuviría, que tomamos del *Mercurio Uruguayo*, periódico de Montevideo.

La sensatez é intelijencia que dirijen la pluma del Sr. Zuviría, y su reputacion literaria bastante conocida ya en el Plata, nos dispensan de todo elogio respecto á la produccion que empezamos hoy á insertar en el *Recuerdo*; creemos que su nombre es la mejor recomendacion que pudiéramos hacer de su lectura. Mas adelante reproduciremos algunos otros de sus brillantes escritos, seguros de acreditar con ellos las páginas de este semanario.

Camila O'Gorman.

Damos aun en este número 16 páginas de aquella interesante novela, creyendo corresponder así al deseo del mayor número de nuestros abonados, que estamos seguros esperan ya con ansia las poéticas memorias de la infortunada Camila. En las dos entregas siguientes continuaremos la biblioteca en verso alternando como lo prometimos en el número anterior.

La sombra.

Una distinguida señorita argentina nos ha favorecido con la composicion poética que con este título insertamos en las columnas de este número. Desearíamos que este ejemplo estimulara á las bellas, numerosas y modestas poetisas bonaerenses á remitirnos las producciones de su delicado ingénio, que tanto nos placera figuráran en las páginas del *Recuerdo*, como hasta en su prospecto lo hemos manifestado.—Agradecemos á la autora de la que hoy insertamos que haya obsequiado con ella las columnas de nuestro semanario, y la felicitamos por sus lindos versos, que estamos seguros serán leídos con interes.

Charada.

Si quieres á la que amas
Hablarle de tu pasion,
De mi *primera* y *segunda*
Aprovecha la ocasion.

Mi *segunda* por si sola,
Es un tono musical,

Y la *prima* con *tercera*
Una comida usúal.

La *segunda* con *tercera*
Te nombran un animal,
Que vive bajo una concha
En las orillas del mar.

A menudo el panadero
Tercia y *segunda* ha de usar,
Y todo el que haga ejercicio
Tercera y *prima* á de dar.

El *todo*, amable lector,
Al punto lo encontrarás,
Que lo has de llevar contigo
Si te pones un gaban.

(Remitida)

J. G.

Solucion de la del número séptimo publicada en la "Crónica."

Tu *primera* y tu *segunda*
Forman de mi amada el *a-ro*,
Y tu *tercera* la *ma-ma*
Que me tiene sofocado.

Tu *prima* y *tercia*, es la tea
En que mi pecho se inflama;
¿Quién no es sensible á los veinte?
¿Quién á los veinte no *a-ma*?

Tu *segunda* y tu *tercera*
Dicen bien claro que es *Roma*,
Donde el bravo Garibaldi
Hizo una defensa heróica.

Si al *todo* úno, aunque me espine,
Aunque los tigres me coman,
Entro al bosque uruguayano
Y de él arranco tu AROMA.

F. Q.

Nombres anagramáticos del seco femenino.

9.º

Vila, sí! . . . no fué ilusion!
Y es tan hermosa, á fé mia,
Que inspirára simpatia
Al mas yerto corazon! . . .

Solucion del 8.º publicada en el "Industrial."

Pulso mi lira argentina
Y de sus cuerdas al son,
El nombre de LAURENTINA
Resuena en el corazon.